

LUIGI AMARA

Nu)n(ca



sextopiso

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o  
almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

© LUIGI AMARA

El autor agradece al Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Primera edición: 2015

Imagen de portada

© The Estate of Joan Mitchell

Imagen de interior

Onésipe Aguado de las Marismas. [*Woman Seen from the Back*] ca. 1862.

Salted paper print from glass negative, 30,8 x 25,8 cm.

Gilman Collection, Purchase, Joyce F. Menschel Gift, 2005 (2005.100.1).

The Metropolitan Museum of Art, New York, NY, USA

Photo Credit: © THE METROPOLITAN MUSEUM OF ART.

Image source: Art Resource, NY

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2015

París 35-A

Colonia del Carmen, Coyoacán

04100, México D. F., México

Sexto Piso España, S. L.

Calle los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión

KADMOS

ISBN: 978-84-16358-24-3

Depósito legal: M-23495-2015

Impreso en España



*Mujer de espaldas* (ca. 1862)  
Onésipe Aguado

Darle la espalda a todo:

*eso*

es tener estilo.

No azotar la puerta, no  
escapar con zancadas teatrales,  
simplemente voltearse.

Que otros elijan los riscos  
susurrantes,

las ruinas

de la noche en su último desplome;  
aquí es el grado cero,  
el vacío por diorama,

vieja zona del no

sin más explicaciones.

Voltearse.

Optar por lo que esquivamos,

por lo que nunca vuelve,

lo sin nombre;

por las noches en blanco en que creímos

que al fin surgía el lado oscuro

de las cosas;

                                  por el reverso

—el punto ciego—

la fisura;

por todo cuanto arrastra

el no en su deslave.

«Se hubiera dicho que un artista diestro en corrupciones había dispuesto sobre su nuca la masa de sus cabellos».

GUSTAVE FLAUBERT

«En toda mujer hay algo que siempre se nos resiste en calidad de enigma. Incluso desnuda, su cuerpo tiene un no sé qué de mampara, de biombo, de antifaz».

UMBERTO TORMA

«Sólo gracias a la fotografía tenemos noticia del inconsciente óptico».

WALTER BENJAMIN



Dice que sí  
pero no como lo imaginabas;  
al borde del secreto de la nuca  
ofrece el broche de un collar  
que no podrás abrir.

Quizás el ojo del fotógrafo se detuvo  
en lo envolvente del tocado,  
en las perlas de ébano, discretas,  
en la callada suavidad con que resbala  
el trazo de la espalda.

Quiero creer que ella  
lo planeó así desde el comienzo;  
que le tomó una larga mañana  
(ante espejos en ángulos exactos,  
dispuestos por ayudantes  
de una meticulosidad matemática)  
para dejar a punto su retrato,  
para mirarnos a los ojos

desde las pistas que ofrece  
su doblez.

Señalar lo que no está revelado.

Jugar con la atracción  
del lado oculto, distraernos  
con la nada en que se pierden  
tanto tiempo sus ojos.

Como si esa porción fugaz, marciana  
de la piel  
la hubiéramos entrevisto  
a la salida del teatro  
o en la cola para subir al metro  
y el mundo se hubiera detenido  
desde entonces,  
dejándonos sin brújula, sin sueño,  
sin una idea clara de adónde  
o qué habíamos sido,  
con la lengua temblando,  
casi mudos,  
y sólo importara darle alcance,  
perseguir esa visión dorsal,  
sonámbulos y abstrusos

—como un Ahab terrestre

tras la ballena blanca  
de aquel hombro.

El mundo detenido en su destello.  
Paladeando el instante en que deseamos  
—con tal intensidad, que incluso  
temimos darle consistencia  
de grito—,  
que ella se dé vuelta,  
que escuche  
nuestro llamado inexistente.

Pero no.

Por más que las preguntas  
asedien su clavícula,  
por más que dedos sin peso  
rocen sus lóbulos negados,  
el giro nunca llega,

no responde  
a insinuaciones inaudibles,  
y ella se pierde entre la multitud,  
aborda un tren en el que jamás  
partiremos,

y la vida será, a partir de ese punto,  
una variedad exasperante de la búsqueda,  
como cuando Thomas de Quincey cayó  
bajo el embrujo del rostro  
de Ann, su compañera de desdichas,  
y la adivinaba en todas las mujeres,  
al doblar cualquier esquina  
de la cambiante Londres,  
con la diferencia de que ahora  
buscamos algo más inconcreto  
(tal vez casualmente  
cubierto por una bufanda),

algo  
como esa zona en que comienza  
el crecimiento del pelo,  
esa zona limítrofe de piel  
que anuncia otra tersura,  
la domesticación de lo hirsuto.

Como una amante perdida  
en la memoria  
quizá se proponía volver  
en los intersticios del sueño.  
Que su rostro cobrara forma  
al otro lado del espejo del deseo,  
allí donde la pupila falla  
y surgen los perfiles  
de la revelación.

Quizá confiaba en el encanto del sesgo,  
de lo que se brinda a medias,  
con ese toque sutil, pecaminoso,  
de lo que ha sido  
de algún modo robado.

Las artes de la insinuación.

Esa suerte de desnudamiento  
—más que accidente, una cuidada  
rasgadura—  
por donde asoma la almendra  
del hombro, el bosque blanco  
de vértebras,  
el engañoso y tenue laberinto  
por el que se deslizan los anhelos,  
sin saber cuándo detenerse,  
sin saber adónde  
son conducidos.

El gesto de entreabrir una puerta  
donde no hay puerta.